

y responsable de los grandes actos de la revolucion, debo permanecer á la vista de todo el mundo, para responder con mi cabeza de mis opiniones.»

## VIII

Empleó Barnave todo el tiempo que vivió en aquella incertidumbre en extender sus ideas y completar sus estudios políticos, profundizando el espíritu de las revoluciones humanas al estruendo de las revoluciones de su país, y escribió unas meditaciones sociales é históricas que le han sobrevivido, y en donde se encuentra más sabiduría que genio. Barnave aparece allí como el representante fiel de aquel buen sentido general de una nacion que aunque señala los abismos, no hace progresos materiales ni abre ninguna nueva senda al espíritu humano. Hasta el estilo es frio y descolorido en aquel escrito, como la expresion de verdades un poco comunes. La inspiracion tampoco hace palpitar ninguna de las fibras del corazon; se admira la honradez del escritor, pero no se conoce su grandeza. Parece imposible que aquella voz haya podido ponerse en parangon ni áun por un momento con la de Mirabeau. No puede uno explicarse aquella pretendida rivalidad entre estos dos oradores sino por un error óptico de todos los tiempos y de todos los pueblos, que nivela, mirándolos con la pasion de las circunstancias presentes, á hombres entre quienes el porvenir, más despreocupado ya, no ve nivel posible.

Barnave no merecia ni la gloria ni el ultraje de esta comparacion. Hombre de inteligencia limitada y de palabra fácil, era uno de tantos como se hallan en el foro, cuya elocuencia es un arte del espíritu, y no una expresion del alma. Su verdadero honor fué haber sido digno de ser derrotado por Mirabeau. El deseo de sobrepasar en popularidad al que estaba tan léjos de igualar en genio, le hizo adelantarse por espacio de algunos meses ciertas proposiciones que fueron fatales á la monarquía y á su propia gloria. Como hombre honrado, adquirió por la pureza de su vida pública y por un generoso reconocimiento á su desgraciado rey cierto derecho á los aplausos arrancados ántes por malos medios á la multitud. Abdicó su popularidad desde que conoció que no podia conservarla sino á costa de un crimen.

## IX

En cuanto Barnave llegó á Paris, el comité de salud pública no supo qué hacer de él. Danton, que habia regresado de Arcis-sur-Aube, quiso salvarle, y así se lo prometió á su madre y á su hermana. Estas señoras habian seguido á su hijo y á su hermano como dos suplicantes, sin apartarse en todo el camino de las ruedas del coche que le condujo á Paris. Danton no se atrevió á cumplir lo prometido. La única gracia que obtuvo Barnave fué la de abrazar á su madre y á su hermana por última vez. La defensa que hizo de su propia causa ante el tribunal es de una elocuencia exquisita y abunda en ideas brillantes. Pero en donde la poderosa voz de Vergniaud no habia hallado eco, ¿cómo podia hallarle la fria argumentacion de Barnave? Volvió sentenciado á su calabozo. El animoso Baillet, su colega en la Asamblea constituyente, fué á consolarle en sus últimas horas. Barnave, que estaba abatido, se quejó á Baillet de que se le privase del alimento necesario por el cálculo de sus verdugos. «Querrán—le decia—deshonrar mi muerte atribuyendo á

mi alma una debilidad que sólo está en el cuerpo, por no darle todo el alimento que es indispensable para mantenerle en todo su vigor.» Este cálculo no es verosímil. Poco le importaba al pueblo el modo, con tal que las víctimas muriesen.

Duport-Dutertre, ministro que habia sido de Justicia, fué asociado á Barnave en el juicio y en el cadalso. Despues de su sentencia, se contentó con decir desdenosamente á sus jueces: «En resumen, el pueblo mata á los hombres, pero la posteridad los juzga.» Duport mostró en la carreta más firmeza que su compañero. Se le vió con frecuencia dirigirse á él y reanimarle. La actitud de Barnave revelaba un cuerpo enfermo, y un alma más á propósito para la tribuna que para el suplicio. Su gran nombre, pronunciado por mil bocas á la vez, infundia un religioso silencio á la multitud. Parecia que el pueblo reflexionaba sobre aquel monstruoso cambio de popularidad. No insultó al orador, pero dejó que pereciese en el cadalso.

## X

Quedaba únicamente Bailly. Parecia que el pueblo queria desquitarse con sus ultrajes del aprecio que poco tiempo ántes habia manifestado al antiguo corregidor de Paris. Los pueblos suelen tomar estas venganzas. Es casi tan peligroso ser muy apreciado de ellos como agraviarlos, porque castigan á sus ídolos por haberlos seducido.

Bailly, hombre honrado, filósofo sabio, astrónomo ilustre, apasionado por la libertad, porque ésta era una nueva verdad conquistada en beneficio del hombre, alimentaba en su espíritu la religion del género humano. Su culto, ilustrado por una razon madura, se elevaba hasta la fe, pero no hasta el fanatismo. Quería que las ideas y hasta las revoluciones giraran como los astros en el espacio, con el poder, la majestad y la regularidad de un plan divino. Creía que los pueblos debian ser conducidos ordenadamente hácia un progreso racional por mano de sus mejores ciudadanos, y no por las sediciones convulsivas de la multitud. Rechazaba la monarquía absoluta como una mentira social, pero lo único que se proponía era debilitarla sin destruirla, aliviando poco á poco á la nacion de sus cadenas, temiendo que obrando de otro modo, el pueblo, mal preparado aún, se precipitase á la par del trono en el abismo, y cayese á impulsos de la anarquía en otra esclavitud más terrible que la primera.

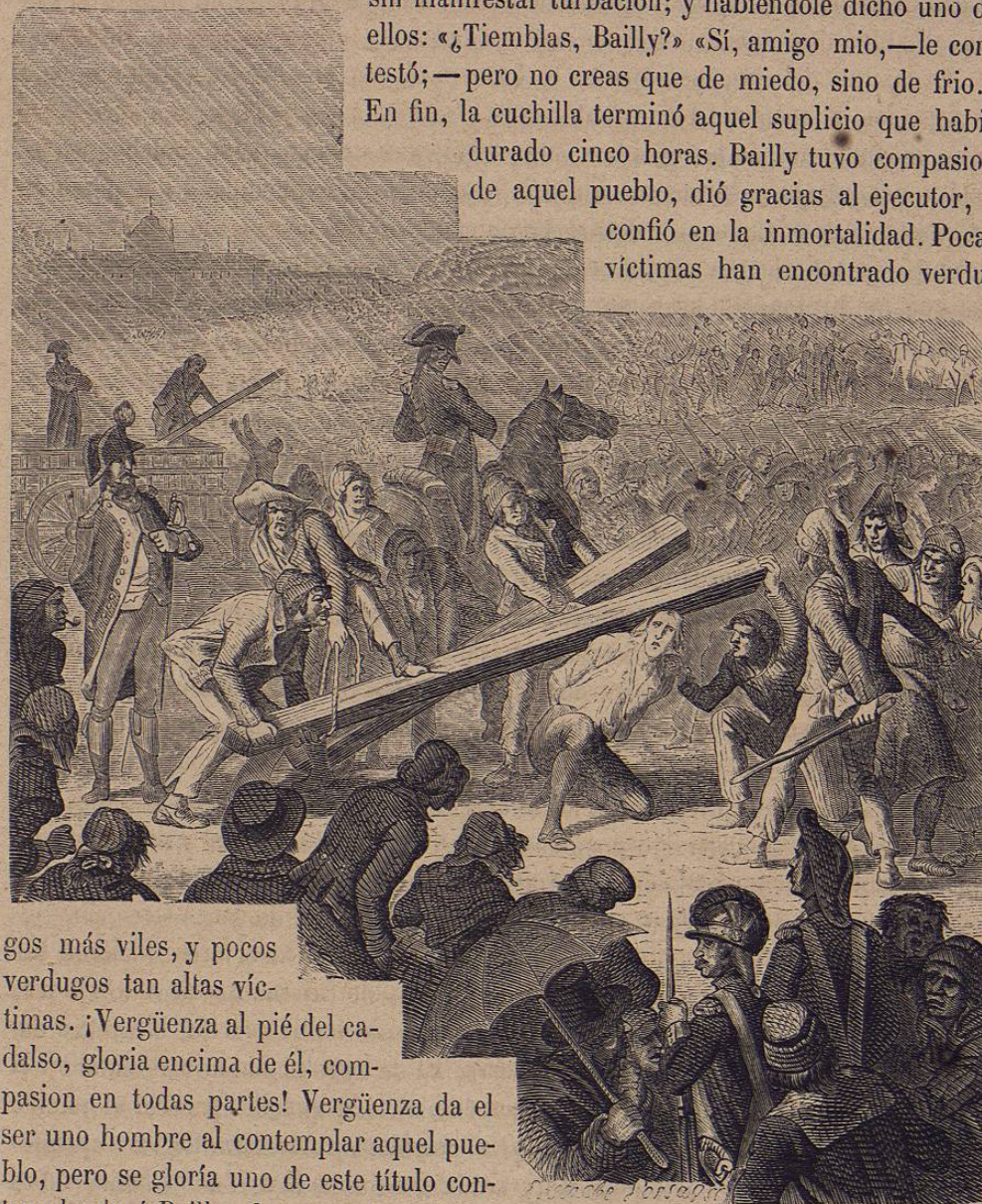
Presidente de la Asamblea nacional, fué el primero que prestó el juramento en el Juego de Pelotas, y la conducta que observó desde entónces estuvo constantemente en armonía con estas dos ideas: quitar el poder despótico á la corte, y restituir parte de este poder al rey para conservar cierta gradacion en la conquista y cierto orden en el movimiento. Este hombre era una especie de Lafayette civil, uno de aquellos á quienes las nuevas ideas impulsan hácia adelante y á quienes colman de estimacion y de honores para acreditarse en su nombre. El de Bailly era una inscripcion en el frontispicio de la revolucion. Si Bailly no estaba al nivel de este destino por su genio, lo estaba por su carácter. Su administracion habia sido una serie de triunfos del pueblo sobre la corte. Cuando las agitaciones sangrientas principiaron á manchar las victorias del pueblo, Bailly habló como sabio y obró como magistrado. En un dia perdió la popularidad de toda su vida política. Este dia fué aquel en que, unidos los girondinos á los jacobinos, fomentaron la insurreccion del

Campo de Marte. De acuerdo Bailly con Lafayette, desplegó la bandera roja, marchó á la cabeza de la clase media armada contra la sedición, y batió el motin alrededor del altar de la patria. En cuanto se vertió aquella sangre, Bailly sintió su amargura. Se atrajo la execración de los jacobinos, significando su nombre en boca de éstos el asesinato del pueblo, y no pudo gobernar ya una ciudad en donde la sangre derramada clamaba venganza contra él. Abdicó entónces en manos de Pétion, y estuvo dos años retirado en una soledad á las inmediaciones de Nantes.

La laxitud del descanso, que es el suplicio de los hombres acostumbrados á los negocios, le acometió bien pronto; quiso volverse á París para estar más cerca de los movimientos de la república, pero habiendo sido conocido por el pueblo, costó mucho trabajo salvar su vida del furor de los amotinados, y fué preso en la Conserjería y enviado al tribunal revolucionario. Su nombre le condenaba, y marchó á la muerte por medio de las oleadas de la multitud. Su suplicio no fué más que un prolongado asesinato. Atravesó lentamente los barrios de la capital con la cabeza desnuda, cortado el cabello, atadas las manos á la espalda con una enorme sogá y sin más abrigo que la camisa, en medio de un frío inaguantable por lo mucho que nevaba. La hez y la escoria de la población de París, á la que por mucho tiempo habia contenido como magistrado, se agrupaba dando feroces aullidos alrededor de la carreta. Indignados los mismos verdugos de aquella ferocidad, reprendieron al pueblo sus insultos. El populacho estaba implacable. Aquellas hordas habian exigido que la guillotina, situada ordinariamente en la plaza de la Concordia, se trasladase aquel día al Campo de Marte, para que la sangre quedase lavada con sangre en el mismo suelo en donde se habia derramado. Algunos hombres que se decian parientes, amigos ó vengadores de las víctimas del Campo de Marte, llevaban una bandera roja en la punta de un palo como un signo irrisorio, é iban constantemente al lado de la carreta. De cuándo en cuándo la metían en el lodo del arroyo, y azotaban con fuerza en la cara de Bailly con aquel asqueroso trapo. Sus facciones, llenas de heridas y manchadas de barro y de sangre, no tenían forma humana. Estos horrores eran recibidos con aplausos y risotadas. Esta marcha, llena de estaciones como la del Calvario, duró tres horas.

Al llegar al sitio del suplicio, aquellos hombres de corazón ferino hicieron bajar á Bailly de la carreta y le obligaron á dar la vuelta al Campo de Marte á pié, haciéndole lamer con la lengua el terreno en donde habia corrido la sangre del pueblo. Esta expiación no les sació todavía. El cadalso se habia levantado en el mismo recinto del Campo de Marte. El terreno de la federación pareció al pueblo demasiado sagrado para mancharlo con un suplicio, y mandaron á los verdugos que lo deshiciesen pieza por pieza para reconstruirlo en la orilla del Sena, sobre un monton de inmundicias procedentes de todos los muladares de París. Los ejecutores se vieron precisados á obedecer; la máquina se desmontó, y como para parodiar el suplicio de Jesucristo con la cruz acuestas, aquellos monstruos cargaron sobre las espaldas del anciano los gruesos maderos que sostenian el tablado de la guillotina, y á golpes le obligaron á arrastrarse agobiado con aquel peso. Desmayóse y cayó varias veces, no pudiendo soportar aquella fatiga; pero apenas volvía en sí se levantaba, excitando las risotadas de aquel populacho que se burlaba de su vejez y de su debilidad. Una hora le hicieron asistir á la lenta reconstrucción del cadalso donde iba á perecer.

Una lluvia mezclada de nieve inundaba su cabeza y helaba todos sus miembros. Su cuerpo temblaba, pero su alma se mantenía firme. Su aspecto grave y dulce conservaba toda su serenidad. Su razón impasible no hacía alto en aquel populacho, porque veía más allá á la humanidad; sufría el martirio, y no lo encontraba tan fuerte como la esperanza que se lo hacía sufrir. Hablaba con los espectadores sin manifestar turbación; y habiéndole dicho uno de ellos: «¿Tiemblas, Bailly?» «Sí, amigo mio,—le contestó;—pero no creas que de miedo, sino de frío.» En fin, la cuchilla terminó aquel suplicio que habia durado cinco horas. Bailly tuvo compasión de aquel pueblo, dió gracias al ejecutor, y confió en la inmortalidad. Pocas víctimas han encontrado verdu-



Suplicio de Bailly.—Pág. 264.

gos más viles, y pocos verdugos tan altas víctimas. ¡Vergüenza al pié del cadalso, gloria encima de él, compasión en todas partes! Vergüenza da el ser uno hombre al contemplar aquel pueblo, pero se gloria uno de este título contemplando á Bailly. Cuanto más feroz es el hombre, tanta mayor necesidad hay de amarle para reducirle. Los crímenes de los pueblos no son más que sus degradaciones; las lecciones de los sabios no son bastante para instruirlo, es preciso que haya mártires para rescatarlo. Bailly fué uno de ellos, porque aunque moría á manos de la libertad, moría al propio tiempo por ella. Creyó en el pueblo á pesar del pueblo, y le echó en cara su injusticia, pero no su sangre.

Aquella noche, al oír Robespierre la relación de esta muerte, se compadeció de Bailly. «Del mismo modo — dijo cenando en casa de Duplay — nos martiriza-

rán á nosotros.» Su huésped, que era juez del tribunal revolucionario, quiso explicar á Robespierre por qué no habia absuelto á este gran acusado. «No me habéis nunca de eso,—le dijo Robespierre;—yo no os pido cuenta de vuestros juicios, pero la república os la pide de vuestra conciencia.» Duplay no habló más á Robespierre de sentencias ni de ejecuciones. Robespierre mandó cerrar su puerta, en señal de luto. ¿Era esto dolor ó presentimiento?

## XI

La cuchilla no escogía ya sus víctimas; todos los rangos se mezclaban en el cadalso. Al lado de un sabio moría una cortesana, y el pueblo aplaudía igualmente ambas ejecuciones. Ya no sabía discernir la virtud del vicio.

Madama Dubarry, querida de Luis XV, murió á poco tiempo de Bailly. Aquella mujer habia principiado desde niña á traficar con sus gracias. Su maravillosa hermosura habia cautivado á los proveedores de placeres del rey, que la sacaron del vicio oscuro, para ofrecerla al vicio coronado. Luis XV habia hecho del rango de sus queridas una especie de institucion de la corte. La señorita Lange-Vaubernier, conocida con el título de condesa Dubarry, habia sucedido á madama Pompadour. Luis XV necesitaba usar la sal del escándalo para sazonar sus estragados placeres; le gustaba rebajarse, así como á otros les gusta elevarse. Hacía reinar el escándalo, y consistió en él su majestad. El único respeto que imponía á su corte era el de sus vicios. Madama Dubarry habia reinado en su nombre, y es forzoso confesar que la nacion habia doblado la cerviz ante la favorita. Nobleza, ministros, clero, filósofos, todos habian incensado el ídolo del rey. Luis XV habia preparado las almas á tan baja esclavitud, haciendo adorar por sus cortesanos el despotismo de sus amores.

Madama Dubarry, jóven aún á la muerte de Luis XV, se habia encerrado por algunos meses en un convento por decoro, que era el carácter del nuevo reinado. Libre bien pronto de aquel encierro, habia vivido en un espléndido retiro cerca de Paris, en el palacio de Luciennes, inmediato á los bosques de Saint-Germain. Sus inmensas riquezas, debidas á la prodigalidad de Luis XV, hacían su destierro tan brillante como lo fué su reinado. El anciano duque de Brissac se habia unido á la favorita, á quien amaba ya por su belleza en aquellos tiempos en que otros la amaban por su rango. Madama Dubarry aborrecía á la revolucion, aquel reinado del pueblo que despreciaba á las cortesanas y hablaba de virtud. A pesar de haber sido rechazada de la corte por Luis XVI y por María Antonieta, habia compadecido su desgracia, llorado su caída, y adherídose á la causa del trono y de la emigración.

Después del 10 de Agosto, habia hecho un viaje á Inglaterra. En Londres, llevó luto por Luis XVI, y consagró su inmensa fortuna á aliviar la miseria de los emigrados. Pero la mayor parte de sus riquezas habian sido enterradas por ella y por el duque de Brissac al pié de un árbol de su parque de Luciennes. Después de la muerte del duque, asesinado en Versalles, madama Dubarry no quiso confiar á nadie el secreto de su tesoro, y resolvió volver á Francia para desenterrar sus diamantes y llevárselos á Londres.

En su ausencia, habia confiado la guarda y la administracion de Luciennes á

un jóven negro llamado Zamora. La Dubarry habia criado aquel niño, por un capricho de mujer, así como se cria á un animal doméstico. Se hizo retratar al lado del negrito, para asemejarse por el contraste de las facciones y del color á las cortesanas de Venecia pintadas por el Tiziano. Habia tenido con él la ternura de una madre, y Zamora fué ingrato y cruel, porque ebrio de libertad revolucionaria, habia adquirido la fiebre popular. La ingratitud le parecia ser la virtud del oprimido, é hizo traicion á su bienhechora denunciando sus tesoros, y la entregó al comité revolucionario de Luciennes, del cual era miembro.

Madama Dubarry, engrandecida y poderosa por el favoritismo, pereció por un favorito. Juzgada y sentenciada sin discusion, mostrada al pueblo como una de las manchas del trono de que era necesario purificar la atmósfera republicana, fué á la muerte en medio de los silbidos del populacho y del desprecio de los indiferentes. Aún estaba en el brillo apenas maduro de sus años. Su belleza, entregada al verdugo, era su delito á los ojos de la multitud. Iba vestida de blanco. Sus cabellos rubios, cortados por detras por la mano del verdugo, dejaban ver su cuello; los rizos de delante cubrían sus ojos y sus mejillas, y ella los apartaba de cuándo en cuándo y se los echaba hácia atras para que su rostro enterneciese al pueblo. No cesaba de implorar el perdon en los términos más humillantes. Un torrente inagotable de lágrimas regaba su lindísimo seno. Sus gritos lastimeros sofocaban el ruido de las ruedas del carruaje y los murmullos de la multitud. Parecia que la cuchilla hería con anticipacion á aquella infeliz mujer, arrancándole mil veces la vida. «¡La vida, la vida!—exclamaba.—¡La vida por mi arrepentimiento! ¡La vida por toda mi adhesion á la república! ¡La vida por todas mis riquezas para la nacion!» El pueblo se reía y se encogía de hombros, mostrándole con la accion la almohada de la guillotina, sobre la cual iba á dormirse para siempre aquella encantadora cabeza. Todo el tiempo que tardó la cortesana en llegar al patíbulo no fué sino un grito continuo, y atada á la guillotina, todavía gritaba. La corte habia debilitado aquella alma. Entre todas las mujeres que fueron guillotinas, sólo ella murió cobardemente, porque no murió ni por opinion, ni por virtud, ni por amor, sino en horror al vicio. Deshonró el cadalso, lo mismo que habia deshonrado el trono.

## XII

El general Biron, tan famoso en la corte con el nombre de duque de Lauzun, murió al mismo tiempo, pero como un soldado.

El duque de Lauzun habia llevado la ligereza en su juventud hasta la provocacion. Su valor, su talento y sus gracias hacían brillantes sus faltas. El escándalo se convertía en fama para él. Pretendía haber sido amado por la reina. Sus Memorias no son más que unos apuntes de sus amores. Arruinado bien pronto por sus prodigalidades, buscó otra gloria en la guerra, siguiendo á Lafayette á América, y se entusiasmó por la libertad, no por virtud, sino por moda. Como amigo del duque de Orleans, siguió á este príncipe en todas sus rebeliones. Los partidos lo perdonan todo á los que les sirven; el duque de Lauzun se precipitó desde el favor de la corte al favor del pueblo, y no hizo más que cambiar de teatro. Sirvió con valor en el ejército del Norte, del Rhin, de los Alpes, y al fin en la